

EL MAESTRERO ESPAÑOL

PERIÓDICO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

APARTADO, 131

OFICINAS: CALLE QUEVEDO, 7

TELEFONO, 2972

REVISTA PEDAGÓGICA

FRANCIA

Servicios del Museo Pedagógico.—Uno de los servicios más interesantes del Museo Pedagógico de París es el de suministrar a las Escuelas de los departamentos vistas y cintas cinematográficas para la enseñanza.

Durante el mes de noviembre, según leemos en una revista francesa, el Museo Pedagógico ha expedido 905 films cinematográficos y 2.274 cajas de vistas para proyecciones.

Durante el mismo mes, no se habían expedido en 1920, sino 57 films y 1.636 cajas de vistas.

Las 905 cintas cinematográficas enviadas en el último noviembre representan más de 100.000 metros de vistas animadas. Estas cifras permiten apreciar el progreso que ha hecho en poco tiempo el cinematógrafo escolar en las Escuelas francesas.

Gabriel Cherbuy.—Ha fallecido este insigne pedagogo, Director de Escuela comunal en París.

Fué Gabriel Cherbuy hombre laborioso, inteligente y activo. Era presidente de la Asociación profesional de Maestros y Maestras públicos del Sena, donde desempeñó importantísimo papel buscando a todo trance la unión de los que él siempre llamaba educadores de la niñez. De él dice una revista: «Cherbuy fué el mejor entre los mejores».

Como publicista se ha distinguido por sus artículos en el «Manuel general», en «L'Ecole nouvelle» y en otras revistas profesionales.

En la actualidad era Secretario general de la «Association des Membres de la Presse de l'Enseignement», y como tal nos era conocido y sostuvimos correspondencia. Descanse en paz.

ESTADOS UNIDOS

Tratamiento médico obligatorio.— En algunos Estados norteamericanos es posible, en la actualidad, proceder judicialmente contra los padres y tutores realcitrantes que no proveen a sus hijos del tratamiento curativo para ciertos defectos físicos o afecciones morbosas.

La ley de Colorado, aprobada en 1909, contiene el siguiente párrafo: «Si el padre o tutor de ese niño (enfermo) no se preocupa o se niega a que se haga el examen y se empiece el tratamiento dentro de un plazo razonable después de que se le dé aviso, el director o inspector deberá notificar el hecho a la Oficina pública de protección al niño y al animal. Sin embargo, cuando dicho director o inspector tenga conocimiento, por declaración escrita del padre o tutor del niño, que ese padre o tutor carece de los medios necesarios para pagar los gastos que demanden el examen y tratamiento, deberá proceder de manera que el examen y el tratamiento sean hechos por el médico municipal del distrito en que el niño reside; y será obligación del médico municipal hacer ese examen y tratamiento, y en el caso de que no se considerara en condiciones de tratar como corresponde al niño, deberá dar cuenta a las autoridades respectivas.»

La ley de Nueva Jersey, adoptada en

el mismo año que la de Colorado, dice en una de sus cláusulas: «Si la causa de la exclusión de un niño de la Escuela es de tal naturaleza que pueda ser remediada, y el padre, tutor o cualquier otra persona que tenga bajo su dependencia al niño excluido, deje de hacer en un tiempo razonable lo que corresponde para suprimir la causa de la exclusión, ese padre, tutor u otra persona será objeto de juicio, y, comprobada su culpabilidad, será castigado.»

En el Estado de Nueva York es posible proceder judicialmente contra los padres negligentes, en virtud del código penal y de la ley de educación. El primero dispone que una persona que deliberadamente omite, sin excusa legal, cumplir el deber que le impone la ley de proporcionar a un menor alimento, vestido, casa y asistencia médica, es culpable de inconducta. Al mismo tiempo, la ley de educación del Estado manda que todo niño en edad escolar y que se encuentre en condición física y mental adecuada, asista a una escuela. En razón de esos términos es posible proceder judicialmente contra los padres recalcitrantes, y no hay duda de que igual acción se puede llevar a cabo en otros Estados que poseen ley de educación obligatoria. Se ha de observar, no obstante, que el recurso a la acción legal es fútil si la ley no fija, además, las correspondientes penalidades.

En cuanto se tiene conocimiento, sólo se registrara un caso en que se haya llevado al extremo lo dispuesto por la ley. El inspector general de la instrucción pública de Colorado, en su informe de 1909-1910, dice: «De 41.546 casos de niños necesitados de tratamiento médico de que se dió cuenta a las autoridades escolares y a los padres de los niños, sólo 221 casos fueron comunicados más tarde por los Maestros a la Oficina pública de protección al niño y al animal, por haber faltado los padres a la obligación de hacer el examen médico aconsejado por los Maestros». Y en otra parte del mismo informe, se agrega: «Con una sola excepción, en todos esos casos los padres fueron inducidos, por carta o por la visita de un funcionario, a hacer lo que exigía la salud de los niños. En el único caso recalcitrante y que se refería a un niño enfermo de las amígdalas,—que casi cerraban su garganta y afectaban seriamente su salud general,—el padre

del niño fué llevado ante el juez, que lo condenó a treinta días de prisión».

REPUBLICA ARGENTINA

Cómo ascienden los Directores de las Escuelas.—Asunto es éste de grande interés, que ha sido muy debatido en todas partes, y que se ha resuelto en formas diversas, nunca a satisfacción de todos. He aquí cómo se procede en la capital federal de la Argentina, según leemos en «La Nación», de Buenos Aires:

«Por tercera vez el Consejo nacional de educación ha dictado una resolución sobre promociones anuales en los cargos directivos de las Escuelas primarias, ajustándose a las disposiciones en vigor, que reglamentan dichos ascensos, en forma que asegura la mejor justicia distributiva, de acuerdo con los servicios y los méritos comprobados, y que elimina totalmente, para los Directores de Escuela, el temor de que sus promociones puedan estar supeditadas al favoritismo personal o político.

En efecto, los ascensos se acuerdan siguiendo estrictamente el orden en que cada Director está colocado en el Escalafón respectivo, en la formación del cual se ha tratado de hacer concurrir el mayor número de elementos de juicio posibles y las mayores garantías de respeto de los derechos de todos y de cada uno.

La clasificación y calificación de los servicios y de los méritos de los Directores en ejercicio es la obra de una comisión especial, presidida por el Inspector técnico general de la capital y constituida por dos Inspectores técnicos, elegidos anualmente por mayoría de votos, y por dos directores de Escuela, elegidos por votación directa y secreta de todos sus colegas.

Esta comisión procede, en primer término, al estudio de la hoja de servicios de los Directores producidos por la oficina de estadística, y establece, en consecuencia, su primer Escalafón por antigüedad en el servicio, teniendo en cuenta, además, las bonificaciones que por servicios con horario alterno por ciclos de dibujo, por servicios provinciales, etc., pudieran corresponderles.

Considera luego los títulos que acreditan los Directores para determinar las bonificaciones que les correspondan por las disposiciones vigentes y, del mismo modo, la antigüedad que acreditan en la

función directiva y en la categoría en que revistan, al efecto de fijar la bonificación relativa a la proporción de un año por cada cinco de servicios en la función de Director o en la categoría, con lo cual resultan formulados otros tantos escalafones parciales, en los que la situación de los Directores va sufriendo las modificaciones determinadas por la valorización numérica de aquellos nuevos factores.

A esta altura de su tarea, la comisión entra en el estudio de los legajos personales de concepto de cada Director, que debidamente ordenados desde el año 1910, existen en la Inspección Técnica, y después de un estudio minucioso, procede a dar al concepto profesional un valor numérico. Esta valorización de los conceptos profesionales constituye la parte más delicada de la actuación de la comisión de ascensos, y a ella le ha dedicado en estos últimos ascensos cincuenta sesiones.

De la situación que resulta para los Directores en cuanto a los servicios registrados, a las bonificaciones acordadas y al valor numérico de su concepto, se da conocimiento a cada uno de ellos en comunicación especial, que deben devolver con su conformidad o con las reclamaciones que creyeran oportuno interponer. Las reclamaciones son objeto de un nuevo y detenido estudio, y del dictamen de la comisión reconociendo sus fundamentos o denegándolos se deja constancia fundada en cada caso.

Una vez determinadas con precisión y con la conformidad de los interesados la situación de servicios y de concepto, se procede a la multiplicación de la cantidad que resulta de sumar a la antigüedad en el servicio las bonificaciones de distinto orden ya enumeradas, por el valor numérico del concepto profesional, y el producto sirve para determinar el orden de colocación en el escalafón definitivo.

Este orden de colocación, que es el que determina la promoción resulta, pues, del juego de una serie de factores de carácter casi en su totalidad objetivo, y la mínima parte, reservada al juicio personal, presenta todas las garantías posibles por la composición de la comisión de ascensos, por el conocimiento oportuno de lo actuado por parte de los interesados y por el derecho de reclamar acordado tan ampliamente.

Este nuevo sistema de promociones, ya

consagrado por la experiencia de tres años, representa las siguientes ventajas:

Ha permitido reparar situaciones diferenciales establecidas en perjuicio de profesionales meritorios y consagrados en virtud de regímenes de favoritismo personal o político; elimina totalmente el factor de favoritismo y de su representante temible, la recomendación; asegura el reconocimiento de los servicios y de los méritos de cada uno; da intervención amplia a los directamente interesados en las medidas de gobierno, que, como las promociones, afectan tan de inmediato al porvenir de los profesionales y estimula enérgicamente a los buenos profesores, y les asegura la tranquilidad y la independencia en el servicio de sus funciones.

Como se ve, el ascenso a Directores en la forma establecida viene a ser una función casi mecánica, y que da tal seguridad de imparcialidad a los interesados, que desde que está en vigor no se ha dado el caso de una reclamación, como sucedía antes de implantarla.

EFEMERIDES PEDAGÓGICAS

FEBRERO

Día 1-1558.—Fundación de la Universidad de Jena.

2-1446.—Muere el pedagogo italiano Victoriano de Feltre. Escribió mucho, y se le llama el Fenelón de Italia.

3-1802.—Nace en Saint-Félix (Saboya) el pedagogo y obispo francés Philibert Dupanloup.

4-1811.—Nace el notable Maestro de sordomudos D. Francisco F. Villabril.

4-1893.—Muere en Vigo doña Concepción Arenal, mujer de gran talento y condiciones excepcionales.

5-1705.—Muere el creador del pietismo J. Spener.

5-1751.—Muere en París el filósofo Francisco de Agnessean.

6-1854.—Nace el filósofo alemán Krause.

7-1805.—Nace Augusto Blanqui.

7-1812.—Nace el célebre escritor inglés Carlos Dickens.

7-1862.—Muere Martínez de la Rosa.

8-1293.—Se crea la Universidad de Alcalá de Henares.

8-1738.—Se establecen en Valencia las primeras Escuelas pías.

8-1874.—Muere el historiador francés Michelet.

9-1911.—Muere el «león de Graus» Joaquín Costa.

10-1828.—Se crea en Francia el ministerio de Instrucción pública.

10-1847.—Nace Tomás Edison.

11-1650.—Muere el eminente filósofo Descartes.

12-1804.—Muere el filósofo alemán Emmanuel Kant.

12-1809.—Nace en Shrewsbury (Inglaterra) Carlos Roberto Darwin.

12-1835.—Muere el pedagogo Luis M. Baudoin.

12-1850.—Nace el educador G. Davis.

13-1837.—Muere el escritor M. de Larra.

14-1779.—Muere James Cook.

15-1564.—Nace Galileo.

15-1781.—Muere el escritor alemán Lessing.

16-1497.—Nace el pedagogo Melachthon.

16-1594.—Nace en Barcelona la ilustre Juliana Morrel.

16-1624.—Muere el P. Mariana.

17-1499.—Nace en Vieve el suizo Tomás Platter, organizador de Escuelas en Basilea.

17-1600.—Es quemado en Roma el filósofo Giordano Bruno.

17-1827.—Muere en Brongg el pedagogo Enrique Pestalozzi, a quien con motivo del primer centenario se levantó un monumento con esta inscripción: «Aquí descansa Enrique Pestalozzi. Predicador popular en «Leonardo y Gertrudis», salvador de los pobres en Neuhoof, padre de los huérfanos en Stans, fundador de la Escuela del pueblo en Berthou y educador de la humanidad en Iverdun. Hombre cristiano, ciudadano; todo para los demás, nada para sí. Paz a sus restos. A nuestro padre Pestalozzi, Argovia reconocida.»

18-1546.—Muere Martín Lutero.

18-1795.—Muere el filántropo americano Jorge Peabody, fundador de Escuelas.

18-1915.—A los setenta y cinco años muere en Madrid D. Francisco Giner de los Ríos.

19-1473.—Nace en Thorn Nicolás Copérnico.

20-1436.—Nace el cardenal Jiménez de Cisneros.

20-1842.—Fúndase en Madrid la Escuela para ciegos.

20-1853.—Muere el P. Ravignau.

21-1677.—Nace el célebre filósofo panteísta holandés Spinoza.

22-1788.—Nace en Danzing el filósofo alemán Schopenhauer.

22-1917.—Muere el pedagogo francés Eduardo Petit.

23-1603.—Muere el pedagogo Andrés Casalpini.

24-1468.—Muere en Maguncia Gutenberg, inventor de la imprenta.

24-1847.—Muere Fulton.

24-1853.—Se establece la Escuela Normal Central de Maestras, colocándola bajo la dirección de la Junta de Damas de Honor y Mérito; pero su situación no quedó definitivamente fijada hasta 1879.

25-1789.—Muere el filósofo materialista Holbach.

25-1820.—Se crea la Escuela de Comercio de Madrid.

25-1847.—Se inaugura la Real Academia de Ciencias.

26-1802.—Nace en Besançon (Francia) Víctor Hugo.

26-1882.—Muere el sabio Profesor D. José Moreno Nieto.

27-1807.—Nace Carlos Cahier.

27-1807.—Nace el filósofo americano Longfellow.

28-1530.—Nace el pedagogo Montaigne.

28-1683.—Nace Reaumur.

28-1810.—Muere el filósofo Jacobo Naidou.

29-1760.—Nace el pedagogo Dinter.

SIDONIO PINTADO

GUIA PRACTICA DE LA Mutualidad Escolar. POR

D. Alfonso Alvarez Suárez-Artazu.

Se siguen en este libro, paso a paso, todos los trámites necesarios hasta la completa constitución de la Mutualidad. Indispensable para el ahorro de tiempo.

Forma un volumen de 140 páginas.

Ejemplar, 2,50 pesetas.
PIDASE EN TODAS LAS LIBRERIAS

—¿Qué tal va «eso»?—le había preguntado el indiano en alguna ocasión.

—¡Psch!—respondía José Miguel.—Ni eso es lección, ni eso es nada. Leemos, charlamos, pasamos el rato...

—Bueno... Mientras «la chica» esté entretenida, usted haga lo que ella quiera.

Rosario siente cada vez más despego a la literatura romántica. ¿Por qué José Miguel trata tanto de aficionarla a ella?

Al entrar hoy en la habitación de la clase, su discípula ha guardado precipitadamente una carta que estaba escribiendo.

—Está usted encendida.

—¿Sí?—responde echándose atrás los rizos.—Escribía a Mlle. Ivonne Lontaroux, mi profesora de francés. Me tiene enfadadísima...

Y calla. José Miguel la contempla fijamente. Está hermosa, cautivadora. Pero ¿qué cosa inquietante hay en su mirada? ¿Por qué el ánimo no descansa cuando se la contempla, como descansa ante un cuadro en que todo es franco, efusivo, proporcionado; por ejemplo, ante esa Ana María Koldman que el joven tiene en la pared frontera?

—Sé que ayer estuvo usted en la villa. No le vi en misa en el sitio de costumbre; pregunté...

—Muchas gracias.

—Como usted es tan reservado...

—Con cualquiera podría serlo más que con usted. Pero fué una cosa pensada de momento. Fui a ver al señor alcalde para quejarme de esa zamburda que tengo con el nombre de escuela, y al mismo tiempo a encargarme cien pesetas de material escolar que D. Jesús, su papá, tuvo a bien entregarme para ese objeto.

—¡Ah, sí! Ya lo dijo en casa. Y el alcalde, ¿qué?

—Del alcalde no pude conseguir si no la promesa de que mandará poner cristales en la ventana. No es mucho; pero para primera visita... En la fonda me preguntaron por usted.

—¿Quién?

—Un joven alto, moreno. Me dijeron que era ingeniero de minas.

—Ah, sí. Le conocí el día en que desembarcamos. Vino después en el tren con nosotros. Parece que nació en Rudalbarco. Son muy enamoradizos los españoles, amigo mío.

—¿Por qué?

—¡Psch!

Hace un gesto de displicencia y vuelve a quedar en la actitud reservada de antes. Al matiz encendido con que la sorprendió José Miguel, ha sucedido ahora la palidez habitual, acaso algo más intensa. Sus cabellos parecen más oscuros: tienen el color de los viejos muebles de caoba.

Rompe el silencio José Miguel.

—¿Leyó usted la escena que le indiqué?

—¡Oh!—responde entornando los ojos con gesto de cansancio—. No me hable usted de esa escena. El *Romeo y Julieta* es una cosa insoportable.

—¿No siente usted esa obra?—interroga el joven con toda intención.

—No. Y en su idioma originario, menos. ¡Oh, no leamos!...

—Sí, sí... Es preciso.

José Miguel se acerca al *etagère* y vuelve con un tomito ricamente encuadernado en piel y oro. En el lomo se lee *Romeo and Juliet*.

—Haga el favor.

—Se pone usted pesado.

—Lea, lea..., se lo ruego.

Va dicho en tono de mandato. Ella abre en silencio por el punto indicado, y comienza casi con murmullo de rezo:

Wilt thou be gone? It is not yet near day;

It was the nightingale, and not the lark...

Suspende la lectura.

—Basta, basta. Ninguna gracia tiene esto. ¿Qué importa que fuera el ruiseñor o la alondra? ¿Quién tolerará toda una noche de frases de amor?

—¿Usted no la concibe?

—Hoy, nadie.

—¿Quiere enseñarme la carta que estaba usted escribiendo cuando yo he entrado?

—¡Oh! ¡De ninguna manera!—exclama la joven como horrorizada.

Y temerosa de una osadía de José Miguel, abre el cajoncito de la mesa, la toma y, doblada de cualquier modo, la esconde en el seno. Pero no observa que al tomar la carta ha dejado al descubierto un libro que, por curiosidad, ha querido ver José Miguel. Y lanzando otra exclamación, trata de ocultarlo.

—El libro sí he de verlo—dice el joven, pugnando por arrebatárselo.

—¡Oh, no, no! Por caridad, José Miguel.

Luchan ambos con el libro entre las ma-

nos. El joven trata de reirse echando a broma la pugna; pero ella le contiene con la seriedad de su mirada.

—¡Esto no es caballeroso!—dice por fin cediendo sin fuerza.

José Miguel descubre la primera página, y un rayo de luz, pero de luz sangrienta, ilumina su pensamiento. Es el libro de Willy, *Claudina en la escuela*. Su bella discípula enrojece de vergüenza y oculta los ojos en el pañuelo.

Hay un momento de silencio angustioso.

—¡Rosario! ¡Rosario!...

Y José Miguel adivina la tragedia de aquella alma rica y enferma.

Rosario está llorando... Hunde la cabeza entre las manos, sobre las que caen los rizos de su espléndida cabellera, mientras el dorso, de suave curvatura, se agita con las convulsiones de los sollozos.

José Miguel se dirige quedamente hacia ella, llevando en las manos el impulso inconsciente de tomar entre ellas aquella divina cabeza y oprimirla contra su pecho. Pero vacila en medio de su propósito. Un aturdimiento momentáneo le impide ver a su alrededor. No hay contornos, no hay objetos...; está como en medio de una niebla impenetrable. Y abrumado, jadeante, extendiendo los brazos como un beodo, tropieza con la puerta y sale.

Llega a la calleja próxima y huye estrangulando los sollozos en la garganta. En la primera vuelta encuentra al párroco, que vuelve solo de paseo.

—¿Qué te pasa, hijo?—le pregunta al verle el rostro desencajado.

—¡Padre! ¡Padre!...—exclama José Miguel hundiendo la cabeza en el pecho del anciano—. ¡Gracias a Dios por ella!

—¿Por quién?

—Por ella, padre, por ella...

*

* *

Cuando José Miguel salió de la salita de Rosario y ella quedó sola, alzó su rostro y permaneció un largo rato con los ojos enrojecidos, fijos como en un punto del espacio. Un estremecimiento de respiración ahogada le hizo volver a la realidad. Se incorporó, sacudió la gentil cabeza, y observó que la noche se echaba encima.

Una semioscuridad envolvía la estancia, matando los colores vivos de los ob-

jetos, cuyos perfiles cercanos dibujaba con vaguedad, prolongándolos en una masa de sombras hasta el fondo.

La última luz del día reverberaba con reflejos agrios en los cristales de los cuadros y arrancaba una centella al tintero de plata que estaba sobre la mesa.

La soledad, la hora, la escena pasada, produjeron tal tristeza en el ánimo de la joven, que rompió a llorar de nuevo, e instintivamente, como esquivando la familiaridad de la habitación, abrió la ventana. Acercó una silla, y apoyando el brazo en el alféizar, clavó la vista en el horizonte, donde el sol acababa de acostarse, para sorber la única luz y tranquilidad que de allí podían venir, de las cuales estaba tan necesitada.

El cielo tenía un pálido color de plata oxidada que se iba perdiendo por momentos. Las nubes cargadas de oscuridad avanzaban en pelotón hacia la mole de la sierra, negra e informe, de la cual bajaba un vaho de color lechoso, que poco a poco inundó el paisaje, haciéndolo desaparecer. Luego, nubes, cielo y sierra fueron confundándose, y llegó la noche con toda su negrura, su quietud y su misterio.

Rosario había seguido con un interés que le daba bienestar las distintas fases de la muerte del día; pero cuando sus ojos no tuvieron donde fijarse, vino el pensamiento a hurgar en su dolorido espíritu.

—¡Oh, no! ¡No vendrá más!—se dijo después de unos momentos de meditación.

—Pero, ¿y podrías ya prescindir de él?—preguntó una voz interior.—¿No experimentas íntima alegría cuando le esperas y sientes el ruido de sus pasos?

La voz de la sirvienta, llamándola al comedor, la sacó del soliloquio.

*

* *

Cuando a la mañana siguiente entró en la escuela Dulce María, la de la tez suave y trenzas rubias y partidas de Gioconda, dijo al maestro:

—De parte de mi prima, que está delicada y que no vaya usted hoy a clase.

—¿Se habrá abierto entre los dos un abismo?—pensó el joven.—Sí; el abismo existirá mientras en mí vea el profesor. ¡Profesor!... ¡Qué palabra tan insoponible! Profesor frente a una niña, a una

niño, a un joven... bien. Frente a una mujer tan alta, tan bella como Rosario, ¡es ridículo! Debo granjearme su confianza. Que el pasado sea pasado. Desde hoy, nueva conducta, y... a esperar. A esperar ¿qué? Reunamos las impresiones de estos últimos días.

Yo la he visto detrás de los visillos de su habitación, esperándome seguramente, cuando tardaba en ir a la lección más de lo acostumbrado. Al entrar en el cuarto me ha reñido algunas veces por mi tardanza, y lo ha hecho subrayando sus palabras con un cierto matiz de reconvención cariñosa y triste.

Ha desaparecido de sus labios, de esos labios sutiles, insensuales, aquel *rictus* burlón que tantas veces me ha molestado. Terminada la clase, en algunas ocasiones he adivinado en su expresión, una expresión discreta y sobria, el deseo de prolongar la conversación, de retenerme unos minutos más a su lado.

¿Sé que una tarde no lejana defendió mi humilde persona, todo lo bravamente que le es consentido a una mujer sensible y educada, contra un montón de arpías aldeanas, obstinadas en declararme guerra cruel porque no tolero que sus hijos vengan a la escuela rotos, cuando tan poco trabajo cuesta echar en la ropa un mal zurcido. Y después de esto, ha tenido la gentileza y el buen gusto de no mentarme una sola palabra del caso.

De pronto José Miguel detiene la cámara desenfundada de su pensamiento.

—Pero... todo esto es una locura. ¿Adónde voy a parar? ¿Quién soy yo, pobre maestro de aldea, para ilusionarme? ¿Ni qué derecho puedo tener para prevalerme ahora cobardemente de la situación en que la escena de ayer me ha colocado? No, no...; sería indigno de mí, so capa de profesor, llegar a extremos que, aun siendo confesables, mi conciencia repugna. Y debo ser sincero conmigo mismo. La adoro con toda mi alma; toda mi vida se me exhala hacia ella. He violentado, he estrujado mi corazón para que no delatara sus efusiones; he saboreado el martirio de sofocar mi ternura, para ella desconocida; pero yo no haré traición al papel que en su casa se me ha designado. Prefiero renunciarlo.

Y, en efecto... Aquel mismo día encontró José Miguel al orondo D. Jesús y le dijo:

—Don Jesús... Yo entré en casa de us-

ted en calidad de profesor de su hija Rosario, y, francamente, ni lo que yo hago allí es enseñar ni lo que su hija hace es aprender. Ya le previne a usted a tiempo y le dije que iba a ser una clase ociosa.

—Bien, ¿y qué?

—Que es preferible dejarla.

—¿Dejarla! ¿Y es cosa de mi hija?

—No. Es cosa absolutamente mía.

—Pues hombre, no sea usted *changuito*, y mientras mi hija no le diga nada, siga usted adelante y cobre las pesetas.

—Señor, no es cosa de pesetas, de las que no me he acordado jamás, ni tengo intención de acordarme. Es que yo no soy capaz de representar una farsa.

—Ea, terminemos... ¿Qué quiere usted decirme con todo esto?

—Que yo para entrar en casa de usted no tenía otros títulos que los de profesor, y que los renuncié desde este momento. Y que para volver, con permiso de usted y aquiescencia de Rosario, ha de ser a título de amigo, aunque después pasemos las horas en los mismos entretenimientos.

—Pero ¿qué jerigonzas me dice usted? ¿Cree usted que yo he venido a este país a deshacer rompecabezas?

—Quiero decir...

—Bueno; yo no sé lo que usted quiere decir, ni me importa. Mis últimas palabras son éstas: usted, si tiene interés en ser amigo mío, haga lo que mi hija le mande, y... nada más.

—Pues ya hará usted el favor de despedirme de ella y decirle...

—¿Yo? Despídase usted si le da la gana!

Y se va el enjoyado indiano echando bocanadas de humo.

José Miguel se va a su casa, pensando:

—No cabe duda: es un asno cargado de reliquias.

Y al recordar a su hija, solamente se le ocurre decir:

—La verdad es que parece mentira...

Al llegar la hora de la lección recuerda el maestro que no es él quien despide a Rosario, como se lo ha dicho a su padre; es ella la que le ha dado el aviso de que no vaya hoy, porque está delicada..., y mañana será lo mismo.—Esto se acabó—dice José Miguel, y un suspiro ahogado oprime su garganta.

El recuerdo de la joven, con todos sus encantos, con toda la fascinación que en

él produce, con todas las horas deliciosas que pasó junto a ella, le avasalla y no puede resistirlo.

Abre un libro para distraerse, para olvidar, pero en vano; todos sus sentidos y potencias van como locos tras de Rosario. La cabeza le pesa como el plomo, y para aliviarla necesita salir a oreearse antes de cenar. Pero no es eso: es que hoy no la ha visto, y siente una necesidad imperiosa de acercarse a la casa donde ella está para mirar a la ventana, donde tal vez, asomada, recuerda al que ha despedido y quiere descubrirle entre las sombras de la noche.

Sale, se acerca a la quinta, y por más que se empeña en rasgar con sus ojos de fiebre la oscuridad espesa, ni el más leve resplandor ilumina la negra silueta de la casa entre las sombras.

Todo está mudo. Sólo algún ladrido largo y lastimero turba la paz de Castrido. Una luz mortecina parpadea a lo lejos y desaparece...

José Miguel decide volverse. Mira por última vez a la casa y echa a andar. Aún ha vuelto la cabeza, pero ya ni la silueta de la quinta se destaca en la noche, negra como boca de lobo.

¡Y VUELVE POR OTRA!

Están sentados a la mesa José Miguel y el sacristán. La sacristana—de nombre Ruperta, mujer guapota, alta, gruesa y bien conservada, a pesar de sus cuarenta y ocho años y de la caterva menuda que pulula por la casa—sirve el condumio de la noche: patatas, tortilla de cebolla, borona y sidra.

La borona es lo que más extraña al maestro, sobre todo cuando alcanza la respetable vejez de una semana. Roja, dura y seca, tiene entonces más semejanza, en cuanto al color, al olor y al sabor, es decir, en cuanto a todo, con el ladrillo que con el pan de maíz.

José Miguel vió hacerla, y el procedimiento le inspiró no escasa repugnancia. La dueña mezcló en la artesa el agua con la harina, y amasó la mezcla a fuerza de puños. Dió forma a los panes, gruesos como quesos de montaña; los colocó en medio del suelo de la cocina y los cubrió con hojas verdes de castaño. Echó encima grandes puñados de hojas secas, leña, *tuco* (1), heno y toda suerte de com-

bustibles caseros; prendió fuego al montón, y allí quedó la cocina hecha un infierno de llamas y humo; porque es de advertir que estas cocinas de aldea carecen de chimenea, y así se van los gases y humos desprendidos por ventanas y puertas, grietas y resquicios.

Transcurridas unas horas, y cuando la sacristana supuso que la pasta estaría bien cocida, levantó con un palo una masa de ascua y ceniza; con otro sacó un pan, le quitó un pellizco, lo miró, lo olió, lo sobó y lo comió, y volvió a colocar aquél en su sitio y a cubrirlo de rescoldo. Y así hasta el final. Y hétenos con borona para toda la semana.

El primer día, aunque agrilla, puede pasar por tierna. Al segundo, se corta como el jabón. Y durante los cuatro siguientes pasa por todas las metamorfosis imaginables, hasta convertirse en puro material de construcción. Los chiquillos, para deglutirla, la remojan en la boca con leche de unas escudillas de madera. Es su cena. Cuando la leche escasea y es necesario dedicarla a la fabricación de queso, la ablandan con el suero que se obtiene al desnatarla.

La sacristana haría bien a gusto pan de escanda; pero hoy se gana en un mes el dinero necesario para comprar un saco de harina. Además, como tampoco le agradó al señor maestro el pan de centeno...

—Nada de pan de centeno—decía José Miguel—. Yo transijo con que la borona tenga el color de la limonita y aun del ocre rojo. A lo que no puedo acostumbrarme es al pan de centeno, negro como el ébano, y tanto por fuera como por dentro. Ahora bien; lo que yo agradecería a mi amable patrona es que, en obsequio mío, cada vez que pusiese borona a cocer, hiciera para mí algunas tortas delgadas que se me antojan más agradables que las gruesas. Supuesto que es imprescindible la borona, comámosla lo menos a disgusto posible..

—El pan de maíz es extraordinariamente alimenticio—afirma el sacristán—; más que el de trigo. Y la razón es sencilla. Preocupado el hombre de la finura y blancor del grano de harina con preferencia a sus sustancias nutritivas, ha ido reproduciendo poco a poco un trigo muy suave, muy pulido, pero muy *anémico*. La harina que produce estaría en su punto como polvos de tocador, y el

(1) Tallo de mazorca desprovisto de granos.

Inspección de Primera enseñanza

SUGESTIONES

Un valle largo y estrecho. Abajo, abajo, el río. La cinta blanca y empolvada del camino se pliega y se tuerce en unas curvas seguidas y absurdas. Los pueblos, chicos y múltiples, duermen en las laderas, en el abrigo de alguna hondonada, al pie de los ríos y de los árboles. Casas mate, casas sin color, casas pardas. Silencio íntimo, silencio de planeta inhabitado.

—Aquel es Villarrey—me dice el amigo que me acompaña.—Y aquel Sotolús, y el otro de más lejos, Viérgoles.

El coche—son de cascabeles, tableteo chirriante, polvo—camina por el valle. Mi amigo y yo nos decimos cosas tristes. ¡Pobres aldeas, enfermas de silencio, de límite, de sueño manso e igual!

Mi amigo me avisa.

—¿Ve usted aquel pueblo grande, blanco? Es Riaso.

—¿Riaso?

Vuelvo a mí. Yo voy a ese pueblo. Pliego las alas y entró en mí mismo. Riaso, capital de Ayuntamiento. Y un poco más atrás, Tércaro. Y pienso en la Maestra, y en las gentes de allí, y en las denuncias, y en el papeleo inevitable. ¡Pobre Maestra!

—¿Querrá usted ver al alcalde?

—Sí—contesto a mi amigo—. Tengo que tomar declaraciones. Una denuncia lleva muchos trámites. Usted no sabe.

Riaso es un pueblo de montaña. Un pueblo grande. Casas altas, blancas, simétricas. Casas de ciudad. Es un contraste amable frente a las aldeas grises y tristes que dejamos atrás. Mi amigo me muestra los comercios, las oficinas.

—Es un gran pueblo—le digo.

Y pienso que aquí será más llana mi tarea. Una visión absurda de las cosas nos hace pensar en que las gentes de los pueblos grandes son más civiles, más abiertas, más urbanas.

—Allí está el alcalde—me dice.

Y nos acercamos.

—Tengo el gusto de presentar a usted al Sr. Inspector.

Yo le alargó mi mano. El alcalde, encarnado y feliz, me mira con el mismo desdén que si le hubieran dicho: «Tengo

el gusto de presentarle al sacristán de Villaloca».

Le explico pacientemente mi deseo. Es la Maestra de Tércaro quien me lleva hasta allí. La han denunciado los vecinos, y hay que investigar la verdad. La Junta local ha de reunirse. Han de venir los vecinos de Tércaro y prestar declaración. La Junta, el alcalde, los padres... Le explico con detalle cuál es el papel de cada uno. El alcalde calla.

Y a poco ha llegado el secretario. Viejo, apergaminado, sombrío. No sabe hablar, refunfuña.

—¿E... para la Maestra de Tércaro?—pregunta.

—Sí, es un expediente contra ella.

—Rato ha que debieron haberla echado—dice definitivamente.

—¿Cómo echarla?

Donde hay un secretario, el alcalde calla. El alcalde de Riaso se inhibe. ¿Por qué complicar su vida feliz con estas cosas tan pequeñas?

—Usted ya sabe, señor secretario. Hay que citar a la Junta local y a los vecinos de Tércaro.

—No puede ser. De ninguna manera.

—¿Cómo!

—Estamos muy ocupados.

Hablo. ¿Y es así cómo colaboran? ¿No están descontentos? ¿No estiman que la Maestra de Tércaro debieran haberla echado? Pues veamos lo que hay en justicia.

—Ya le digo a usted, Sr. Inspector, no podemos reunirnos.

El alcalde al fin quiere hablar. Y habla. Yo respiro. En su silencio habrá elaborado soluciones.

—Yo creo—dice solemnemente—que lo mejor sería que usted lo hiciera solo. Si va usted a Tércaro, tome usted allí las declaraciones. ¿Para qué reunirnos nosotros?

No sé contestar. ¿Pero es posible? ¿Y estos son los que gobiernan este pueblo grande, los que están en lo alto, los que han de guiar?

—Y además—dice el secretario con una voz agria y un gesto más agrio todavía—¿quién va a citar?

—El alguacil—digo yo.

—No puede ser. El alguacil está segando.

Y como pusiera yo gesto de extrañamiento, gruñó:

—No es cosa de que el alguacil deje su trabajo por causa de la Maestra.

¡Qué lógica, qué sentido de la justicia y qué concepto de la Inspección! La España de los alguaciles que van a segar. ¿No recordáis que Sancho había ido también a segar a Tembleque? Es la España más numerosa y más triste. La España de los secretarios, que en vez de ha-

blar, gruñen, y de los alcaldes, que en vez de gobernar, callan y enrojecen de felicidad; es la España que manda y triunfa.

Una cosa: Mientras el alguacil de Riasso segaba, yo mismo he ido a Tércaro y he citado a los vecinos. ¿Qué iba a hacer? ¿Gritar? ¿Quién iba a oírme?

Lo interesante para mí era hacer justicia. Y creo que la hice.

LILLO RODELGO

A TRAVES DE EUROPA

NOTAS DE MI DIARIO

Llegamos a la Escuela Normal Superior de Maestras, en Fontenay-Aux-Roses, a las ocho de la mañana. En el vestíbulo de la Escuela, un precioso busto de su fundador con esta inscripción: «A Félix Pecaüt, sus colaboradores y alumnos»; y luego, esta alentadora conclusión: «Si habéis despertado un alma o formado una conciencia, no habéis perdido el tiempo».

Acompañados por la Directora, subimos a una de las clases, amplia, sobria, decorada con gusto exquisito. Las alumnas cantan una admirable composición, acompañadas al piano por una de sus compañeras.

Las conversaciones de alta moral que en su tiempo iniciara Pecaüt, se conservan en la Escuela. Y así, la de hoy va a versar sobre los fines de la Liga para la unión moral de Francia. Mlle. Grauvoger, la Directora, en tono de amable e íntima conferencia, habla a las alumnas de la regeneración moral a que aspira Francia después de la guerra. Muy discretamente, y siempre apoyándose en sus alumnas, que ya conocen de un modo general el problema, habla del individualismo, de la solidaridad, del justo valor que la Escuela, la familia y la sociedad tienen en el problema de una verdadera educación moral. Es preciso, sobre todo, dice, traducir en actos las ideas que abriga una conciencia bien formada. Es preciso que poseamos la gran reocupación de que la enseñanza de la moral sea sobre todas las cuestiones una cosa activa. La actitud de los educado-

res ante la «Liga de la unión moral» debe ser la de interesarnos francamente en ella. «Tomemos sus ideas, mejor aún, tomemos todas las ideas y, después de examinarlas con alto espíritu, hagamos vivir las buenas».

Presenciamos luego una lección de Letras dada a las alumnas del primer curso por un Profesor de la Sorbona. Se analiza una fábula de La Fontaine. Es un trabajo que las alumnas han preparado con tiempo. Una de ellas da explicación analítica de todas las palabras que en la composición tienen un valor demostrativo. El Profesor calla y toma sus notas. Al final aplaude discretamente lo bueno del trabajo, y en seguida, con esa suavidad natural propia del Profesor devoto, hace la crítica de la lección, y anotamos esta frase: «No olvide usted, señorita, que a su Profesor ha costado algún tiempo preparar este mismo análisis». De este trabajo nos ha quedado como idea esencial el espíritu de colaboración y de seriedad con que Profesor y alumnos han preparado el tema del día.

Hemos visitado todas las dependencias del establecimiento. En el jardín hay diversidad de parcelitas, en las cuales estudian las Ciencias Naturales las alumnas, haciéndose con métodos de experimentación.

La Directora nos explica ampliamente el funcionamiento de la Escuela. Nuestra aspiración, dice, no se acaba en la cultura y formación que adquieren las alumnas en sus cursos; queremos, sobre todo, dotarlas de espíritu de trabajo para que en su ulterior destino trabajen siempre contentas y mantengan con el estu-

dio la frescura de su alma. ¡Esto sí que nos parece bien! Las alumnas no rompen su vida con el centro que las formó. Continúan unidas a él por la Asociación de alumnas antiguas. Nunca pierden en absoluto el contacto con el Profesorado de la Escuela.

Alguien pregunta por la escala de sueldos de estos Profesores. Los datos que la Directora nos da demuestran que no hay superioridad económica notable. Y una vez más me afianzo en la creencia de que la cuestión sueldo, sin dejar de ser importante, no es esencial para sentir ese fuerte ideal que nos empuja suavemente al cumplimiento del deber.

ELADIO GARCIA

UNA ADHESION

PARA LILLO RODELGO,

EL SONADOR... :: :: ::

Dilecto amigo:

Ha sonado de nuevo en mi oído tu cantinela. Ha vuelto otra vez tu palabra a impresionar mi corazón. Y una vez más—como allá, cuando paseábamos por tierras extrañas, añorando la nuestra—he sentido en mí un anhelo de seguirte, de ir a tu lado, de unir mi romanticismo al tuyo, de soñar contigo...

Veó como tú el gran problema que tenemos que resolver los Maestros españoles: el de unirnos todos cuantos amamos al niño, todos cuantos debemos educarlo, todos cuantos, sin pasiones egoístas, queremos merecer el digno nombre de Maestros de la infancia. Ahora todos andamos desperdigados, sin relacionarnos, encastillados todos en nuestra torre de marfil. Individualmente tenemos Maestros que trabajan, que hacen hermosa labor. Mas, por falta de unión, esos esfuerzos individuales pierden mucha eficacia. Nos es preciso unión, coordinación de actividades. Así llegaremos adonde los hombres pueden llegar. Así el niño español no tendrá nada que envidiar al niño de otras naciones. Así nuestra España será cual la primera nación del mundo.

Crees que para lograr la unión nos basta con que queramos. ¡Quizás! Dicen que la fe transporta montañas, que la

voluntad todo lo vence... Pueda ser que los que así habláis tengáis razón. Yo, que siempre fuí adonde me llamaron para empresa digna, que he sido hombre de fe, que siempre he creído en la fuerza omnímoda de la voluntad, ahora, después de haber vivido mucho en pocos años, dudo de si mis convicciones no son más que un sueño. Es decir, mi querido amigo, que han empezado a flaquear mi fe y mi voluntad...

Mas no importa. Te quiero, te considero noble en tus aspiraciones, conozco tu fuerte voluntad.

Sé, asimismo, que lo que pretendes—aunar esfuerzos en bien del niño español—necesita una realización pronta y eficaz. Y cerrando los ojos, olvidando desengaños, sin reflexionar, me adhiero a tus aspiraciones. Quizás sueñas con utopías; quizás el corazón oscurece tu inteligencia; quizás eres un romántico imposible.

No sé. Pero quiero soñar contigo, unir mi romanticismo al tuyo, ir por tu camino. Abro mi mano y mi espíritu. No miro más. Mándame...

Espero que no seré el único que responda a tu llamamiento. Creo que aun hay en España Maestros que han de posponer todo al nombre que llevan. Que vengan a nosotros. Formaremos un grupo, aunque seamos pocos, aunque empecemos con escasas fuerzas. Y no nos llamaremos ni Catedráticos, ni Inspectores, ni pedagogos; no. Hemos de ser Maestros. Es decir, aspiraremos a merecer que nos llamen Maestros de niños, Maestros de Escuela, MAESTROS. Y por los niños, y por las Escuelas, y por el Magisterio laboraremos juntos, bien unidos, formando un solo cuerpo, un solo espíritu, aunque nuestras actividades sean diversas...

Te abraza tu compañero,

JOSE M. AZPEURRUTIA

LA NIÑA INSTRUIDA

Lecturas sobre Fisiología e Higiene, con aplicación a la Economía, Medicina y Farmacia domésticas, por don Victoriano F. Ascarza.

110 páginas con grabados. Ejemplar, 1,00 peseta.

Crónica General

De Marruecos

«Según comunica el alto comisario desde Tetuán, no ha ocurrido novedad en el día de hoy en los territorios de las zonas del protectorado.»

Contingentes rebeldes de alguna importancia han hostilizado Dar-Drius, siendo rechazados por los legionarios.

Se ha enviado a Alhucemas más material de guerra.

Se confirma que el hermano de Abdel-Krim ha marchado de la región de Gomara, llamado por este famoso moro, el cual está tan desprestigiado.

Cada vez pierde más partidarios, y se observa un ambiente favorable para realizar gestiones en el sentido de acabar con el estado actual de cosas.

De Madrid

En el suntuoso templo de San Francisco el Grande se celebraron, a las once de la mañana de ayer, solemnes funerales en sufragio del Pontífice Benedicto XV, siendo el Gobierno de Su Majestad el que invitaba al acto.

Asistió Su Majestad el Rey, y con él el Gobierno, el Cuerpo diplomático, representaciones de los Cuerpos Colegisladores, presididas por sus presidentes, y comisiones nutridísimas del elemento oficial todo. Ofició de Pontifical el señor Nuncio.

—Los Ministros estuvieron reunidos en Consejo desde las seis de la tarde hasta las diez de la noche, y de tan larga reunión sólo dieron la siguiente brevísima nota:

«El Consejo de ministros, después de despachar expedientes de trámite de varios departamentos, se ocupó de los asuntos pendientes, y principalmente de Marruecos, sobre los cuales no había podido deliberar durante el examen del Arancel.»

Como ampliación a esta nota, y a pesar de la reserva de los ministros, se sabe que en el Consejo no se trató más asunto que Marruecos; el ministro de la Guerra dió cuenta detallada y extensa de la situación en las dos zonas, y expuso los planes para un futuro próximo: organización, distribución de fuerzas, objetivos inmediatos, y, sobre todo, prisioneros. Este interesantísimo tema ocupó largamente la atención del Consejo. El ministro dió cuenta de la última conversación sostenida con el delegado de la Cruz Roja, Sr. Fernández Almeida, y anunció la próxima reanudación de las interrumpidas negociaciones.

Parece que, a pesar de esto, las impre-

siones, dado el carácter marroquí y la experiencia de lo ocurrido hasta ahora, no son muy optimistas. El Gobierno no acepta el negociar, para que no se pueda decir que se negó a algo que pudiera llevar al rescate, pero fiando poco en los procedimientos pacíficos para lograrlo.

No se trató cuestión alguna de índole internacional; así, al menos, lo aseguraron algunos ministros, el de Estado entre otros.

—Sin incidentes se celebró la proclamación de candidatos a concejales.

—La Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales celebró anteayer Junta pública para dar posesión de plaza de número al nuevo académico don Amalio Gimeno y Cabañas, conde de Gimeno.

—La función extraordinaria que a beneficio de los soldados madrileños del Ejército de Africa se celebró en el Teatro Real, resultó brillantísima.

De provincias

Entre las estaciones de Raimot y Montagut (Lérida) ha descarrilado un tren mensajero, por haberse abierto la vía. Se desenganchó parte del convoy, cayendo varios coches a un terraplén de siete metros de profundidad. Resultaron 13 heridos.

El material quedó destrozado, principalmente el furgón, un coche de primera y el coche correo.

—Dicen de Oviedo que en vista de las noticias publicadas sobre la actitud de Inglaterra en la cuestión hullera, se reunió el lunes la Patronal, acordando protestar contra la rebaja del Arancel en menos de siete pesetas y media, pues ello representaría la ruina de la industria asturiana.

Extranjero

Durante una representación en el Knickerbocker (teatro-cinematógrafo) de Washington, el techo se hundió, resultando 120 personas muertas y 250 heridas.

En el momento de la catástrofe todos los espectadores, que eran muchísimos, se precipitaron hacia las puertas, pisoteándose y atropellándose. Fue una escena tremenda, pues el local estaba a oscuras.

Los bomberos, los marinos y gran número de voluntarios cooperaron activamente a los trabajos de salvamento.

El general Pershing acudió rápidamente al lugar del siniestro y dirigió los trabajos de salvamento.

Hasta la fecha han sido retirados 56 cadáveres de los escombros del cinematógrafo.